



HABÍA UNA VEZ EN  
EL PLANETA NOG

# EL SOMBRERO MORADO

En el planeta imaginario de Nogol vivían los nogoleses, un pueblo de piel azulada, un solo ojo y naturaleza amistosa. Vestían ropa morada en un estilo que, a ti y a mí, nos parecerían pijamas. A los nogoleses les encantaba el color morado y apreciaban mucho el árbol que tenía una savia color morado. Los nogoleses hacían un tinte con la savia y teñían de morado *toda* su ropa.

El rey Bloguiano era el soberano de Nogol. El rey era un hombre magnífico y generoso, muy amado por los nogoleses.

A menudo, el rey llevaba un extraordinario sombrero morado. Era su favorito. Un triste día, se perdió el sombrero morado. El rey estaba muy triste por haber perdido su sombrero. Los sirvientes buscaron todo ese día por el palacio, pero no hallaron el sombrero.

El rey recurrió a sus consejeros de mayor confianza y que también eran los más brillantes.

—Estoy seguro de que sabrán cómo encontrar mi hermoso sombrero —les dijo el rey.

—Sospecho —opinó Contíago, el Ingenioso— que usted dejó el sombrero en la casa de su madre cuando fue a visitarla.

—Sí, sí —dijo el rey—, es muy posible.

—Y yo sospecho —dijo Pegordo, el Grande— que el sombrero se le cayó de la cabeza cuando salió a pasear en su cabalígero<sup>1</sup>.

—Mmmhkkh... eso también es posible —asintió el rey.

<sup>1</sup> Un *cabalígero* es un animal de Nogol, muy parecido a un caballo, con pelo morado y un solo ojo.



—Estoy seguro de saber dónde está el sombrero —dijo Píeveloz Muyrápido—. Anoche, usted estuvo en el balcón y hacía mucho viento. Probablemente el viento le quitó el sombrero de la cabeza. Como el viento soplabá hacia el oriente, seguro que si buscamos por el sector oriente de los campos junto al palacio, lo encontraremos allí.

—También eso es posible —dijo el rey, mientras se levantaba de su trono.

Luego añadió:

—Estoy muy cansado. Me agotó preocuparme por el sombrero que perdí. Debo retirarme a mis aposentos. Dejaré este asunto en sus competentes manos. Confío en que decidirán un plan para encontrar mi sombrero. Y para animarles en su esfuerzo, prometo dar una



recompensa al que encuentre el sombrero. Buenas noches.

Los consejeros empezaron a hablar del problema.

—En primer lugar —dijo Pegordo— creo que tu idea Píeveloz es absurda. Ese viento como lo llamaste, solo era una brisa. Estoy seguro de que es más probable que lo que pasó con el sombrero fue lo que yo le sugerí al rey.

—¿Qué? —gritó Píeveloz—. Tu idea no solo es poco probable, sino que también es ridículo pensar que nuestro rey sabio no se sujetó bien el sombrero en la cabeza antes de salir a pasear.

—Los dos pueden seguir discutiendo sus tontas opiniones de lo que pasó con el sombrero del rey —opinó Contiágo—. Sin embargo, estoy seguro de que seré yo quien reciba la recompensa que prometió el rey. Sé que el rey visitó ayer por la noche a su madre, y estoy seguro de que debió haberse quitado el sombrero cuando hablaba con ella.

—Amigos míos —dijo amablemente Torhec, el Manso—, han hablado de cómo se podría haber perdido el sombrero del rey. Creo que si dedicamos tiempo a escucharnos con humildad unos a otros y trabajamos juntos, encontraremos el sombrero.

—¿Escuchar las ideas de Píeveloz y ayudarlo a buscar el sombrero?—preguntó Pegordo—. Imaginense, Pegordo, el Grande, ¡buscando a gatas un sombrero en el campo! ¿Quién creen que soy? ¿Un ratón de campo?

—Mira, es absurdo pensar que puedes ir en tu cabaligero por donde ayer paseó el rey, ¡y encontrar rápidamente su sombrero!—gritó su respuesta Píeveloz.

Y así siguieron discutiendo, menospreciándose las ideas mutuamente. Contiago salió con prisa de la sala, convencido de que era el más sabio de los tres y ansioso por ir a buscar en la casa de la madre del rey.

Torhec ofreció acompañar a Contiago en la búsqueda, pero Contiago no quería compartir con nadie la recompensa que daría el rey, así que no aceptó el ofrecimiento de Torhec.

De inmediato, Pegordo se fue a buscar por el bosque donde el día anterior había paseado el rey. Píeveloz se fue al campo. Tampoco aceptaron la ayuda de Torhec.

Torhec quedó solo, triste porque sus amigos estaban más interesados en la recompensa ofrecida que en consultar y trabajar juntos para encontrar el sombrero del rey.

Torhec pensó: «Solo quise ayudar y no me dejaron».



Se sentó en silencio en un rincón. Esperó a que volvieran los otros para ver quién recibiría la recompensa. Miró a su alrededor y por casualidad notó un bulto debajo de un enorme cojín morado que estaba en el trono del rey.

Torhec pensó: «Cuando el rey se siente ahí, ese cojín será incómodo. Voy a ver si puedo arreglarlo».

Torhec levantó el cojín para aplanar el bulto. Notó que el bulto no estaba en el cojín, sino que había un objeto debajo del cojín; lo levantó, tomó el objeto y se dio cuenta de que lo que tenía en la mano era el sombrero morado que el rey había perdido.

Torhec sonrió. Pensaba que el rey estaría feliz de haber recuperado su sombrero.

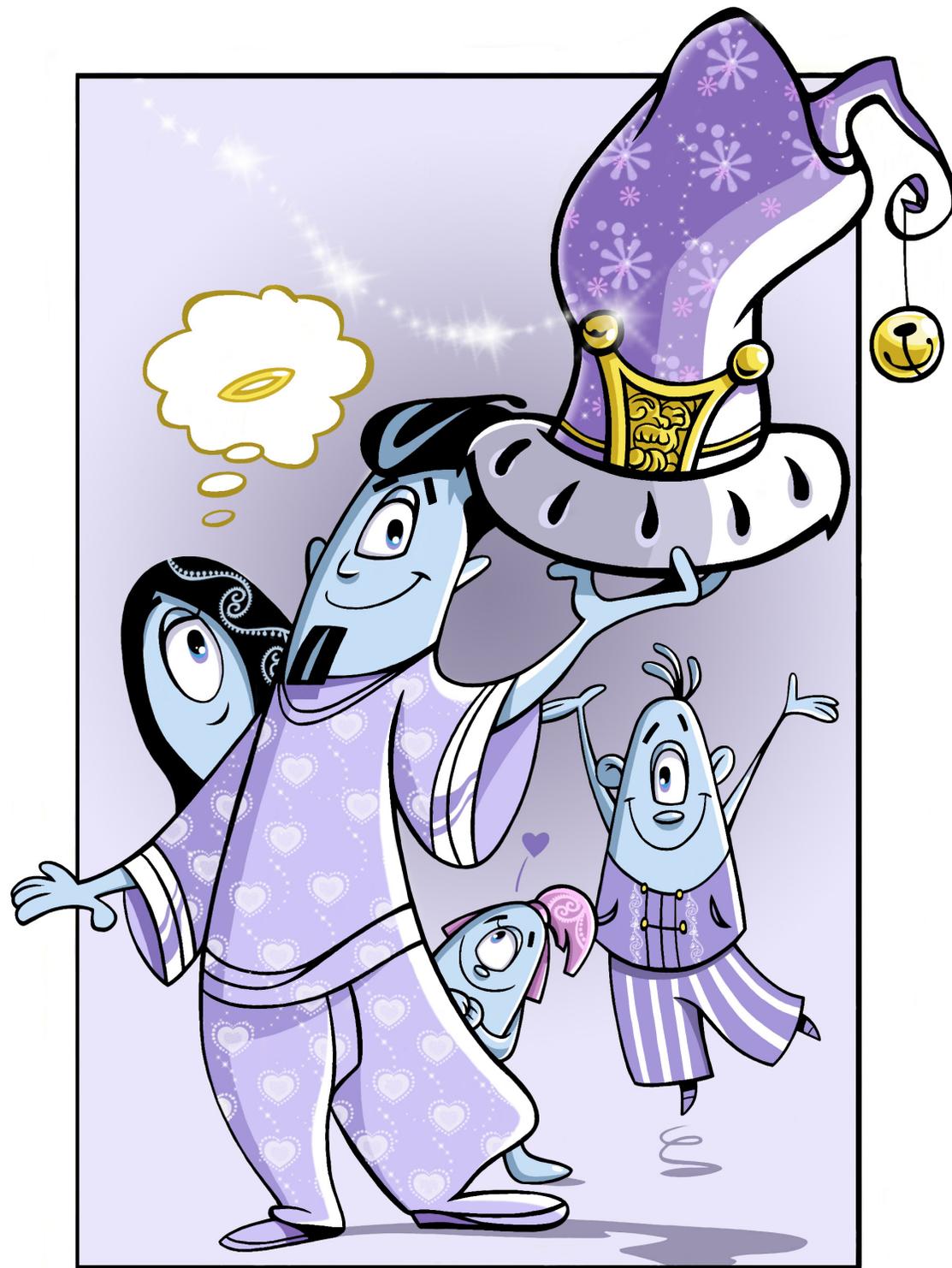


A la mañana siguiente, los cuatro consejeros se reunieron de nuevo con el rey en la corte. Contiágo, el Ingenioso, Pegordo, el Grande, y Pieveloz Muyrápido contaron al rey la gran búsqueda y esfuerzo que hicieron para buscar el sombrero del rey. Las tres primeras historias terminaban diciéndole al rey que no encontraron el sombrero.

Por último habló Torhec, el Manso. Sacó el sombrero favorito del rey, el cual llevaba detrás de la espalda. Lo había lavado y le devolvió la forma original. El rey quedó muy feliz y se lo puso enseguida.

—Gracias, Torhec, por encontrar mi sombrero —le dijo el rey—. Tendrás la recompensa prometida.

Cuando salían del palacio, los otros tres consejeros rodearon a Torhec, ansiosos de saber dónde había encontrado el sombrero. Torhec humildemente les contó cómo encontró el sombrero.



Pegordo, Píeveloz y Contiago se quedaron en silencio mientras reflexionaban en su comportamiento reciente.

—Píeveloz —dijo Pegordo—. Te debo una disculpa. No debí haber menospreciado tus ideas de lo que podría haberle pasado al sombrero del rey.

—Gracias Pegordo —respondió Píeveloz—. Pero ya sabemos que el viento no arrebató el sombrero de la cabeza del rey, ni del balcón ni cuando salió a pasear en su cabalígero. También les debo a ustedes una disculpa por ser discutidor y tratar de probar que yo tenía la mejor idea para hallar el sombrero del rey.

—Todos le debemos una disculpa a Torhec —dijo Contiago—. Torhec, tú propusiste que nos escucháramos unos a otros, pero estábamos tan preocupados por demostrar que teníamos la razón y por recibir la recompensa prometida, que no quisimos escuchar.

—Ni siquiera te dejamos ayudarnos, porque egoístamente queríamos la recompensa para nosotros —dijo Píeveloz a Torhec.

—Gracias por disculparse, amigos míos —dijo Torhec—. Los perdono. Quiero utilizar la recompensa que me dio el rey para ofrecerles una comida que disfrutemos juntos. ¿Me acompañan?

—¡Eres muy generoso Torhec! —exclamó Contiago—. Será un placer.

Y los cuatro consejeros se fueron a disfrutar de una buena comida y de su amistad.

